



Selección poética

Por Manuel Cuenya

MÉXICO YODOFÓRMICO

En México sentiste la vida
como si fuera la muerte rozándote,
bajo el volcán Popocatepetl.
Después de un tiempo
enmarañado en el país náhuatl,
lograste, al fin, entrar por la puerta del mezcal y el tequila.

No bien le hincaste el diente al hongo,
ya estabas caminando
sobre el ombligo-lago de la luna.

En México cabalgaste el ánimo
a lomos de una sonrisa potranca plateada
punto y media redicha
y acabaste relinchando desvaríos
por los poros secarrales
del rancho donde hierve el jaripeo y el griterío:
¡Viva Méjico, cabrones!

En medio del bullicio
tu sombra de gachupín te ametralló
pero tu esencia de viejo hidalgo españolito
te hizo empuñar el coraje.

A ritmo de quebradita
te echaste al palenque como gallo peleonero
y saltó la sangre.

Rulfo te fusiló con sus cuentos,
sin embargo, te armaste de valor para encarar la muerte,
una vez más,
quizá de espaldas al espejo de la agonía.

La catrina te cogió a la trampa, por detrás
empitonándote hasta las trancas.

Tu hedor a muerto te delató
aun antes de celebrarse
el día de las calaveras
antes incluso de que te compusieran estrofas
mientras renace el ave fénix de las ilusiones.

Sulfurado, al borde del precipicio,
volviste a caer
en la espiral agitada de la fiebre
no sin antes probar un tamalito de chile chipotle
que te devolvió al comal
y te introdujo,
de manera harto surrealista,
en el agujero de las erupciones
que saben a final esperanzador

ornamentado con una bandeja rebosante
de mangos y papayas.

En México sentiste la vida y la muerte
alcoholizado de azul celeste y calor caribeño
a la vez que dabas vueltas en la noria de los voladores
Papantla circense con aroma a pulquería.

SUEÑO DERRETIDO

*Atravesamos el país de los trogloditas,
que devoran serpientes y carecen del comercio de la palabra;
el de los garamantes, que tienen mujeres en común y se
nutren de Leones; el de los augilas, que sólo veneran el Tártaro.*

Jorge Luis Borges, *El inmortal*

Soñé que el tiempo se derretía como un helado
mango turrón a cincuenta grados centígrados, en
medio de una marejada azul cobalto.

Soñé que el espacio se curvaba en un
horizonte color azafrán cuyo aroma a fragancia
fresca me sobresaltó.

Aún no entiendo por qué el color azafrán se
instaló en mi vida, después de tantos años de
ausencia. Aún no sé por qué el tiempo se derritió
y mi helado horizonte mango turrón se curvó en el
último milisegundo de existencia.

Por el momento, seguiré soñando con
serpientes ponzoñosas que bailaban una danza
macabra.

En aquel sueño algunos seres humanos,
asomados al espejo calavera, se confundían con
los conejos blancos de *Alicia en el País de las
maravillas*. Me gustaría acariciar un país
de las maravillas.

En aquel sueño los colores olían amargos, con
la acidez vespertina de un vómito tragado como la
hiel de las vísceras que se pudren en los sótanos.

En aquel sueño los dinosaurios dormían
siestas licuadas enroscados al abismo.

Cuando comencé a soñar, los dinosaurios ya
habían desaparecido.

Ahora lo recuerdo: soñé que me había
convertido en cucaracha con linfocitosis crónica.

Es probable que hubiera leído *La Metamorfosis* de Kafka durante la noche anterior con la sensación de haber fenecido hacía años.

Es probable que hubiera sufrido una indigestión de cangrejos.

Ahora lo recuerdo: estuve leyendo, entre la alucinación y el delirio, *Drácula*, de Bram Stoker.

¿Cómo es posible que se hiciera noche oscura si el tiempo estaba derretido?

Amanecí con faringitis y una ansiedad de infarto encima de la mesa de intervenciones quirúrgicas.

Aquello no era un hospital sino un jardín espectral, que se bifurcaba con apariencia lunar y espiralítica.

Ahora ya no sé si en el sueño el mundo se achicaba o bien gritaba con una llamarada voraz, como quien no aguanta el sufrimiento.

Un dolor atroz me devolvió al tiempo derretido. Ahora no podría asegurar si ese tiempo con sabor a yema de huevo frito flotaba en el mar azul cobalto o en el aire malvarrosa de las desilusiones.

El espacio me hizo tomar conciencia de la realidad, que se trocó en mil pedazos, saltando por los aires en la periferia astral de lo incognoscible; un espectáculo no apto para cardíacos, cuya aceleración me produjo convulsiones arrítmicas.

Hoy, en caso de existir, no me atrevería a soñar con más cucarachas que tuvieran leucemia crónica.

¿Por qué soñar con leucemia crónica si puedo soñar con un mundo donde los seres humanos son dioses? Un mundo construido con soma, cloroformo y hongos alucinógenos, donde los trogloditas borgianos, carentes de palabra, devoraran serpientes.

Hoy sólo me queda la ceniza esparcida de la muerte en este contorno donde el mañana se perfila roto. Tu voz de la subconsciencia te lo ha repetido: tu sueño ha reventado, como las torres gemelas en Nueva York y aquellos trenes en Madrid.

Tu sueño ha reventado el sentido de la vida. Ya no será posible soñar ni reflexionar.

Ya no podremos construir poemas de amor después del holocausto.

Sólo una galaxia paralela tiene cabida en este inmenso espacio curvado horizonte color azafrán. Y en este tiempo derretido. 



Ilustración: Valeria Jisel Flores



Manuel Cuenya es escritor y profesor de literatura, teatro y de escritura creativa en la Universidad de León; además, coordina el programa interuniversitario de la Experiencia en el Campus de Ponferrada. También colabora con diferentes medios, como *ileon.com* o *La Nueva Crónica*; edita, a través del Colectivo Cultural La Iguiada, la revista cultural *La Curuja* y mantiene activo el blog *Bierzo, aldea universal*.